

Carlos German Belli

CANCIONES
Y OTROS POEMAS



41
libros
del
bicho

PQ
7297
.B325
C35
1982

NUNC COGNOSCO EX PARTE



THOMAS J. BATA LIBRARY
TRENT UNIVERSITY



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation



libros del bicho

Carlos Germán Belli nació en Chorrillos (Lima), Perú, en 1927. Ha sido becado de la Fundación Guggenheim, y ha participado dos veces en el Programa Internacional de Escritores de la Universidad de Iowa (primero en 1969, luego en 1977). Entre sus principales títulos cabe mencionar *El pie sobre el cuello*, *Sextinas y otros poemas*, *¡Oh Hada Cibernética!* y *En alabanza del bolo alimenticio* (Premià editora 1979).

Carlos German Belli

CANCIONES
Y OTROS POEMAS

41
libros
del
bicho

Trinity University Library
PETERBOROUGH, ONT.

PREMIA EDITORA S.A.

Diseño de la colección: *Millet*

Primera edición: 1982

© Carlos Germán Belli

© PREMIA editora de libros s.a.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

ISBN 968—434—226—8

Premia editora de libros s.a.

c. Morena 425 A, México 12, D. F.

Impreso y hecho en México

Printed and made in México

ASIR LA FORMA QUE SE VA

Hay quienes creen en la Divinidad, únicamente por el pavor ante la posible nada. Igualmente hay quienes adoran la forma artística ante el temor de que termine por desintegrarse para siempre. Pero en este caso la angustia no es la única causa, sino que a la vez hay una tácita devoción sensorial, tan antigua como los propios objetos estéticos. Es la fe en la forma, no por el riesgo del vacío, sino por el puro placer de disfrutarla. Igualmente como cuando se adora a la Divinidad por sí misma, y aun si no existiera. En realidad, ni espuria, ni imputable a barrocos o parnasianos decadentes. No hay que avergonzarse de ella. No hay que reducirla a la postración. Obrar así no es otra cosa que renegar de nuestro continente. Porque los cuerpos en que moramos también poseen un contorno, también una estructura donde se encuentran en perfecto orden y concierto los secretos órganos vitales. Aferrémonos a ella, como nos aferramos a nuestra forma corporal, ante el embate del tiempo, ante la aproximación de la ineludible muerte.

EL ANSIA DE SABER TODO

Este seso que vergonzoso va
rodando por la esférica corteza,
que ni una vez siquiera
ascender pudo a la celeste bóveda,
ahora desde la corporal cárcel
mira con infinita envidia siempre
el don alado ajeno,
lejos como la luz de las estrellas;
y aunque ya poco tiempo por delante,
a lo menos alguna vez volar
entre aquellas montañas empinadas
de antiguos libros de la ciencia humana,
y saber qué es un triángulo equilátero;
pues la caducidad
en el vientre se esconde de un gusano,
mientras éste vacila
si carcome los libros finalmente,
o bien al lector lerdo sin remedio.

Allá hacia el éter el entendimiento
sobre las altas nubes venturoso,
emprende raudo vuelo
como un ave que de onda en onda sube
las alturas del firmamento intrépida,
hasta observar la cúspide invisible
que emerge de los reinos
del terrenal planeta misterioso,
y enterarse de todo de una vez:

cuál es la fuente y cuál es el Leteo,
y en qué punto del universo azul
la inalcanzable ninfa será hallada
(aún no vista por la mente obtusa);
y antes de oír atónito
el ruin ruido del río tenebroso,
por último saber
si el amor que acá empieza en cuerpo y alma,
en tal estado seguirá en la muerte.

Quizás es mucho codiciadas alas,
tras vivir como inmóvil topo abajo,
que basta ser la rama
por el suelo reptando con sigilo,
y los cimientos descubrir del orbe,
donde el trébol es un vestigio extraño
que crece solitario;
y el tronco de la mente ya madure,
como la planta que por vez primera
prende en el Edén y perdura siempre,
y sea el tallo del saber erecto
penetrando la carne de la vida,
y el soplo que lo anima sin cesar,
bríos incandescentes
del deleite que ayer esquivo fuera,
saturando hondamente
los días que aún faltan discurrir,
leyendo y copulando como nunca.
Entonces he aquí un arbolado cráneo
y largas ramas que se multiplican
por las extremidades,
al soplo de los vientos transparentes,
en varias direcciones al instante,
como si subsanaran lo perdido;
que los bienes huidizos
asidos serán por los verdes miembros,
entretejiendo el cuerpo y alma y mundo

en perfecta guirnalda hasta la muerte,
y ciñendo por último la vida
en el disfrute de la carne frágil
y del eterno espíritu voraz,
entre el suelo y los cielos,
en un girar continuo (y viceversa),
que a lo menos haber
desde ahora un atisbo luminoso
de dónde, por qué acá, y adónde vamos.

Mas las extremidades no de planta,
sino aquellos tentáculos de pulpo,
día y noche afilados
por el mental tridente poderoso
y empecinado en el correr del tiempo
por entrar en el reino de los mares;
y fiero osar entonces
contra el ultraje del arcano acuático,
que sus ricos tesoros los reserva
para los primogénitos del hado;
y mediante los vívidos tentáculos
sacar las ricas prendas de los antros,
por mil mantos de erizos encubiertas;
y la frente adornar
de la invisible ninfa inteligible,
con agrisadas perlas,
tan recónditas como refulgentes,
y no con ovas por el mar echadas.

Pues tentacularmente por entero,
para entrar en el insondable océano,
y saber con certeza
si principio y final de todo sea,
cuando el río acarrea las cenizas
al valle submarino inexpugnable;
y dejar ya la obtusa
escafandra al pie del acantilado,

por artificial y perecedera,
que nunca ha descendido hasta los fondos,
en donde un bulto de color rojísimo,
como un arbusto en llamas bajo el agua,
o enigmático émulo sin par
del sumo don sanguíneo,
que tal es el coral resplandeciente,
cuya encendida copa
no sólo raíz del terrenal árbol,
mas espejo también de ardiente amor.

Estas alas y ramas y tentáculos
con sentimiento abrazan a la vez
el aire, fuego y agua,
en vela y aun durmiendo día a día,
al obrar y pensar avaricioso,
con talante tal por lo menos antes
del fin inoportuno,
que así pieza por pieza escudriñar
en alegre ejercicio de continuo
de un confín a otro en círculo cerrado
en la usanza mejor del intelecto,
con persistencia tal, que el gran misterio
se revela en la palma de la mano,
anticipadamente,
al penetrar el trifurcado espíritu,
mañana, tarde, noche,
la esférica corteza, el seno acuático,
y del cielo la bóveda celeste.

Canción, si bien en las postrimerías,
y hasta ahora jamás
ni diestra pluma ni ilustrado el numen,
que te procrean en el vasto mundo;
mas de tu padre cuán diferente eres,
y menester no tienes
ni de alas ni tentáculos ni ramas,

que acá te basta honrar
la infelice memoria del perito
en la más pura nada. Sea así.

A UNA TORTOLA

¡Oh pobrecilla tórtola!
qué semejantes somos:
tú frente a ruiseñor y yo ante dama,
cuando en riguroso hielo
tu canto y mi palabra,
y viviendo sin manifestar nunca
el sentimiento ardiente
que pudoroso yace
en las intimidades
de cada cual metido,
como un filón de plata bajo el suelo,
y no el gran girasol
que florece y revela sus mil dones.

Y así vivir ahora
es ganar la merced
de los benditos días por venir,
cuando la fría nada
sea absoluto todo
del divino placer que acá se alcanza,
hoy poseído sólo
por los afortunados
para quienes mañana
el todo será nada,
y para ti el ajeno triunfo ayer,
mientras mayor beldad
tú tendrás en el cuerpo que te alberga.

No lamentes tu suerte,
que es costumbre primera
la querella con uno mismo ciega,
al írsete la vida
por entre el universo,
cuando tu rui señor emprende el vuelo,
sin que tú oses cantar,
como yo enmudecido
por el atroz espanto
que ni un instante breve
correspondido fuera por aquella,
a quien devotamente
contemplo desde lejos día a día.

Si el inicial estío
resulta cosa triste
y adversa para algunos por entero,
es futura licencia
para gozar mañana
uno a uno los bienes hoy esquivos,
que la estación feliz
en un comienzo ajena,
florece finalmente
pletórica de frutos,
cuando las esperanzas ya perdidas
de alcanzar tan sólo uno,
que cuánto escatimados fueron siempre.

El pasado anheloso
engendra buen futuro,
y cuando juntos como yedra y olmo,
al fin con los que amamos,
¡oh filial tortolica!,
el mal pasado en bien presente muda;
y si frente a la muerte,
tal hora no es temible,
pues la señora mía

y el dulce ruiseñor
al cielo nos remontan cada cual,
aunque bajo la tierra
tu canto y mi palabra yazgan mudos.

Eso que en las entrañas allá quede,
nunca es tarde, Canción,
para que por el orbe lo proclames.

VILLANELA

Llevarte quiero dentro de mi piel,
si bien en lontananza aún te acecho,
para rescatar la perdida miel.

Contemplándote como un perro fiel,
en el día te sigo trecho a trecho,
que haberte quiero dentro de mi piel.

No más el sabor de la cruda hiel,
y en paz quedar conmigo y ya rehecho,
rescatando así la perdida miel.

Ni viva aurora, ni oro, ni clavel,
y en cambio por primera vez el hecho
de llevarte yo dentro de mi piel.

Verte de lejos no es cosa cruel,
sino el raro camino que me he hecho,
para rescatar la perdida miel.

El ojo mío nunca te es infiel,
aun estando distante de tu pecho,
que haberte quiero dentro de mi piel,
y así rescatar la perdida miel.

EL JARDIN EN CASA

¿Por qué, Cloris, no más te preocupan
aquellas rosas que en el jardín crecen
y los naranjos que sembró tu mano
el estío pasado como indicio
de tu paso acá sobre el gran planeta,
o desas tu hermosura humana espejo?
Que sólo atiendes diligentemente
las numerosas flores y los frutos,
cuyos retoños de primor sin par
bajo tu fiel cuidado
maquinalmente crecen satisfechos,
en tanto no percibes
por tus alrededores nada nunca,
ni la respiración de quien sí te ama.

Sin más discernimiento entrelazada
a cada planta yaces en la cama,
que a como pequeñuelos les das vida,
y tu desvelo son a cada rato,
mirando sólo el olmo y yedra unidos,
que a través de la casa van creciendo
consigo mismo tan felices ambos,
que tú los siembres, riegues y cultives
con el saber infuso de tu espíritu,
tan sobreabundante,
y el remanente tiempo consagrándoles
de tu grata existencia,
siendo para ti cada planta inerte,

como el sol en la bóveda celeste.

Es el soñar en el perdido Edén,
que te instiga a mudar tu oscura casa
en grande y luminoso invernadero,
floreciendo al compás de tus suspiros,
en medio del cual tú soberbia reinas;
y todo lo que a la intemperie yace
más allá de tu imperio soberano,
es de la vida deshonor inmenso,
y ruines cosas cuán repudiadas,
porque tus bellos ojos
hacia allí no dirigen sus miradas,
y en vez dello penetran
en la corteza delpreciado roble,
hasta hacerlo el más venturoso ser.

Nunca se sabe si las cien mil plantas
a ti te instigan a portarte dura
justamente con quien te adora tanto,
o si tú empecinada las induces
contra él y contra los vivientes todos;
y bajo tu reinado van medrando
con los supremos dones que te adornan,
y como tú así pueden en la tierra
ya ver, tocar, oír, gustar y oler,
mientras la tierna yedra
inclínase ante ti con humildad,
y las ramas del olmo
te ciñen fuertemente día y noche,
con ardor tal en planta convirtiéndote.

Como la engendradora de las plantas,
arrobada mirándolas en éxtasis,
y los inertes seres igualmente
los invisibles ojos en ti fijos,
y ellos como tú cuán indiferentes

a todo lo que pasa en el redor,
constituyendo un solo rostro unido
entre tú y cada planta misteriosa,
hasta no distinguir si eres tú, Cloris,
dama de carne y hueso,
o una rosa sembrada por tu ciencia,
que misteriosamente
por la vida discurre en breve lapso,
tras lo cual su faz pasa a ti por siempre.

Así en reina del mundo te conviertes,
porque juntas tu célebre beldad
a la de la amarilla flor radiante,
y nacimiento das a un nuevo ser,
que eres tú misma, mas híbrida óptima,
mitad flor, mitad dama enteramente,
alterando la vida por los siglos,
sus inmutables reinos y sus leyes,
por sólo tu amor a las verdes plantas,
que muy probablemente
de ti ni lo más mínimo conozcan
y menos desde luego
tus constantes desvelos por sembrarlas
y regarlas y en ellas transformarte.

Y cada una de las miradas tiernas
que a las plantas diriges día a día,
como una mortal cosa le resulta
a aquel que allá en la sombra de la casa
te ama y contempla silenciosamente,
y no le retribuyes la mirada,
pues absorta estás en el otro reino,
como si allí te hubieran acunado
las hojas de los árboles tupidas,
y eres como sirena,
más en vez de argentado pez presentas
rosa encarnada abajo,

y así te mira el que desdeñas fiera,
mitad flor, mitad dama, y ambas tú.

En vano, Canción, estos pensamientos
del bosque en lo recóndito proclamas,
que allí la ninfa no se trueca en flor,
y tan fiel se conserva
por dentro y fuera para quien la adora,
aunque en la faz del río
a dama mire intempestivamente
del olmo enamorada,
y entretejidos hasta las raíces,
como un solo ser bajo el firmamento.

*CANCION A LAS RUINAS DE UN PRIMOGENITO
DE ITALICA*

La primogenitura desmochada,
qué tristeza mirarla de tal modo
en las postrimerías,
que la rueda de la fortuna cruda
ayer, hoy y mañana sin cesar
hora a hora la deja cuán fruncida;
y segundón ahora,
contrariando la ley divina acá
en madrigueras, minas y jardines,
y los mejores días malgastando,
que ni poder siquiera
recuperar un átomo pequeño
de las dádivas dadas,
al final por entero ajenas siempre
por terrenal mandato inexplicable.

El inicial compuesto procreado
por la pareja amante sacrosanta,
y como anillo al dedo
en un acto feliz de amor supremo,
la celeste porción introducida
allí en el ensamblaje principal,
en donde el cuerpo y alma
se reúnen y nace el ser primero
en la posesión de las opulencias
de minerales, plantas y animales,
para el deleite inédito,
que acá gozar se empieza paso a paso,

como el claro lucero
de la mañana al mundo revelando,
que a la pena la dicha sobrepuja.

Mas tan sólo la aurora luminosa
en la flamante cuna y esmaltada,
y después el ocaso
durante los torneos de la vida
en la cámara vasta y frigorífica,
cuando por obra del avieso azar
tan postrimeramente,
porque ha mudado sin demora alguna
cada dote de gran tamaño y peso,
en defecto de iguales proporciones,
que reduce en un tal
vástago no de luces, mas tinieblas,
truncado por los siglos
de arriba abajo trozo a trozo todo,
hasta ser menos que segundo acá.

Como un antiguo alcázar en escombros,
yace cubierta de abundante musgo
en el valle sombrío,
la primogenitura ayer radiante,
al ras del suelo totalmente hoy,
por culpa del entendimiento obtuso
y nada esplendoroso,
por ser de mustios pensamientos
que no cuajan y yacen en añicos,
mirando el orbe como oscuro reino
donde hasta los patógenos
son soberanos que dominan fieros,
como si el deterioro
prima y postrera causa fuera siempre,
y no la eterna y celestial salud.

Las proteínas tan fundamentales,

allí en las entretelas dondequiera,
bajo cuyo gobierno
acá todo discurre por entero,
tanto el cuerpo alejando sus cenizas,
cuanto el alma celeste alimentándose;
mas tales bienes máximos
en segundones ínfimos se tornan,
y así ya el primogénito no es tal,
sino postrero siempre palmo a palmo
por aquel torcedor
azar de los cien mil metabolismos,
que el temple no se forja,
ni se corona amor en cuerpo y alma,
y se cierran las puertas del gran Fisco.

El sol baldado oculto entre las nubes,
y en canícula de truncados rayos,
que el astro rey venido
a menos desde arriba y sin remedio,
como el águila, el oro y el león,
hacia abajo rodando cada cual,
y desapareciendo
no tras el horizonte en lontananza,
mas dentro del adoquinado efímero,
cuyo seno los traga para siempre,
como un detrito más,
entreverado con el suelo impuro,
de donde nadie puede
recuperar la alteza desmochada,
y dejar de ser lisa superficie.

Este príncipe mudo, sordo y ciego,
y como tal ahora sin poder,
ni jamás escalar
aquel monte de Venus codiciado
y menos descender a las honduras
del ánima allí por debajo oculta,

ni en vela ni durmiendo,
que el ocaso del sol contempla sólo,
cerca de la lechuza que fue águila,
envuelto por el barro hasta ayer oro,
y destronado en fin,
como un león herido entre las crines,
de la senda apartándose,
con paso elefantino lentamente,
por segundón ahora en la floresta.

Los engranajes de la sabia máquina
traban al que primero feliz llega
de día o noche acá,
que ni la menor pieza niquelada
manejar puede de la cuna a tumba,
como si llave fuera del planeta,
ni abrir la postrer puerta,
y remontar los cielos infinitos;
que en cambio yace en la vetusta casa,
y en la sala recóndita encubierto,
en donde vergonzante
por ser perito en absoluta nada,
a los pies del robot,
que por encima del ferroso hombro
lo mira con el frío desdén de hierro.

¡Oh niquelado ser como el rey sol
en la bóveda azul ayer brillando,
y en sazón sus mil piezas,
y discurriendo impávido y alegre,
porque en el postrer día no lo asedian
ni microbio antes ni carcoma luego!;
en tanto el despojado
nerviosamente lo escudriña atónito,
sección a sección y aun el ensamblaje,
por cierto mucho menos misterioso
que aquel del alma y cuerpo;

mas el hijastro de la tierra firme,
y del agua y del aire,
llora en silencio la fortuna adversa,
y envidia a su vecino hasta la muerte.

Que ya no la ley de la apicultura,
día y noche rigiendo alrededor,
sino sólo el recuerdo
del colmenar a orillas del jardín,
cuyas abejas al zumbar cercanas
la cuna amurallaban suavemente
con acendrada miel;
y he aquí la amargura que enflaquece,
del más grande desaire sublunar,
pues durante centurias ni siquiera
un panal pequeñísimo
para endulzar el agrio sabor último,
y entre la cuna y tumba
el paladar humano sumergido
en las atrocidades de la hiel.

Allá papá y mamá tan tristemente
al cabo de los años comprobando
tamaña decadencia
del magnífico vástago primero,
y otro nuevo dolor,
por el hecho ya irreparable ahora;
que nunca más los mimos combustibles.

LO INTEMPESTIVO

E intempestivamente dondequiera
se esfuma como soplo irrevocable
la hebra del vivir nuevo y poderoso,
cuando recién feliz uno se siente
en el preciso instante coronado
no de rayos solares, mas tentáculos,
fieramente anhelando
que la fugacidad
del tiempo no tal sea,
para que el alma aún en el planeta
se eleve hacia la bóveda remota,
y torne al suelo más enriquecida,
y por anticipado acá
vislumbre de los cielos el fulgor.

Que la atrocidad del postrer momento
desbarata del todo sin remedio
el jardín de las máximas delicias
tan laboriosamente cultivado,
con tesón entre los espinos fieros
de una y otra estación descomunales;
y el sacrosanto gusto
en la escala mayor
de la unión amorosa,
violentamente interrumpido allí
en el monte de Venus ascendiendo
las alturas supremas día y noche,
de donde se contempla

la esfera no terrena, mas celeste.

Y es pesaroso caso inigualable
que la sazón resulte desmochada
de un solo guadañazo inesperado,
y en montón de viscosa nada mude,
entre el suelo y el cielo diluyéndose,
como si vano fuere tanto empeño,
por descubrir también
la fórmula secreta
de la exquisitez tal
al ejecutar cada cosa a diario,
para que sea la predilección
en todo reino natural arisco,
y el primor de uno llegue
al paladar del pez y risco y tórtola.

De la cuna a la tumba codiciando
el sabor concentrado del planeta,
afuera arriba en la mujeril cumbre,
aquí adentro del alma en las honduras,
uno y otro brillando como soles
en la bóveda negra de la noche;
que porfiado intento
en suspenso de súbito,
como si poca cosa,
pues el goce a lo grande del vivir,
esquivo tercamente día a día,
hasta el final suspiro inoportuno,
y tan sólo un vestigio
del único y constante anhelo acá.

Mas tal vez no nefasto instante sea,
y sí en cambio resplandeciente umbral
que deje entrever la sazón celeste,
y en cuerpo y alma las delicias mil,
en medio de la dicha sin medida,

como al Edén primero regresando;
y un bleo importa ahora
que la miel en los labios
allí quede entre sombras,
que más vale por cierto disfrutar
no medias horas ni fugaz minuto,
bajo el asedio de las desazones,
sino contento uno
en concéntricos círculos sin fin.

Canción, no atraigas, no,
tan temerariamente
en este feliz día,
memoria de la muerte inexorable,
aunque pronto saber de los arcanos
importa más que toda ciencia ilustre,
y no intempestiva eres,
como tampoco la postrera fecha.

LA CANCION INCULTA

He aquí que nada sabe y yace inerte
bajo el peso de las antiguas letras,
y perseguida a diario
por invisibles ávidos ojillos
de aquel gusano vil que a la redonda
los pertinentes órganos afina
para engullirse todo;
y no comprende nunca el sumo enigma,
ni de su muerte ni de su existencia,
ni de dónde ha venido y por qué acá,
estrofa tras estrofa,
como si un bledo le importara el fin,
ni descubrir tampoco
que más rápido engulle la carcoma
el pergamino que la carne humana.

En esta lisa superficie a rastras,
y entre los muros de los libros presa,
sin que pueda jamás
empinarse una pizca así siquiera,
menos que liendrecica imperceptible
allá en el cuero cabelludo arriba;
¡ay! vástago bastardo
ajeno de los mil conocimientos,
y que no alcanza a descifrar ninguna
de las pequeñas piezas niqueladas,
ni menos por supuesto
las grandes que se yerguen sobre el suelo,

uno y otro gris masa
que a la inspiración sin piedad reduce,
hasta impedir que un rasgo no más sea.

Aunque en verdad en torno con afán,
escudriña y tantea hora tras hora,
no la pluma del ave
que primorosamente recortada
para escribir servía noche a noche
en medio del silencio del planeta,
mas tan sólo la eléctrica
máquina reluciente y automática,
suavemente avanzando tramo a tramo
por el papel (ayer corteza áspera);
y la musa no entiende
cómo los dedos tocan cada tecla,
propagando la vida
al ras de las entretejidas fibras,
como entre holandas de la nupcial cama.

Ni un breve gajo logra de las ramas
del árbol numeroso del saber,
que ciñe por doquier
como un bosque de tórtolas y rosas,
donde nunca penetra ni una vez
por sentirse cual hórrida alimaña;
que la canción inculta
inasible entre cielo y suelo huyendo
y mirando de arriba temerosa
al que jadea a ciegas y en ayunas
ante el laboratorio
en que se guarda la encubierta fórmula
química del viscoso
gran magma del planeta ayer apenas
nacido de un liviano soplo azul.

Los dedos agitándose en el aire,

y a espaldas de cada cual a diario
la canción renqueando
afuera sale sin conocer nunca
las cavidades de los alargados
y elevados tentáculos humanos,
que a luz sale por ellos
palabra por palabra al infinito,
sin saber de las huellas digitales,
ni la carne mollar allí anidada,
ni por los rayos X
divisar la silueta inmemorial
labrada como mármol
por las tensiones de la musa coja,
que tanto sufre andando a la redonda.

El alma por doquiera poderosa
como el astro sol, rey del universo,
y bajo cuyo imperio
este verso va y viene cavilando
en ella y nada más que en ella siempre,
en sueño o vela, alegre o pesaroso,
si bien ni el menor punto
conoce de las hondas entretelas,
que son la razón suma de su ser,
inexpugnable a la carcoma cruel,
pues se perpetuará
no en los infolios deleznales todos,
mas en algunas otras
almas que no han nacido todavía,
y le abrirán su seno por entero.

De dentro brota y no retorna más
a ver la senda andada y la primera
fuente de donde mana,
y así la canción no divisa un trazo
siquiera de su causa y su materia,
(aunque sí tal vez de otra cosa mínima);

que el envés de las mientes
no cala, no escudriña, no revela,
y así resulta todo inexplicable
a la sombra de la terrenal casa,
y acaso de algún modo
como un pesalicores obra acá,
que la densidad mide
del rico zumo, mas no reflexiona
si flor o fruto o hierba lo componen.

El verde mirto de la infiel gramática,
en cuyo leño está injertado a fondo
de cuna a tumba siempre
el ser oscuro de la bastardilla,
que las horas discurre sin poder
tocar la raíz, tallo, rama o pétalo,
pues cuánto disonante
como si el pez y el ave repelidos
por el aire aquél y las aguas éste,
no aceptados por el ajeno reino,
que el hortelano docto
se enseñorea sólo deste árbol,
en donde entretejida
hasta las cejas la sextina rústica
no comprende el origen de sus ecos.

Estas figuras de dicción ornando
el acto de escribir por ser excelso,
como de amor la cópula,
que la sonora musa las emplea
ignorando el motivo ciegamente,
bajo el dictado del instinto fiero,
como el olmo y la liana
entrecruzados hasta las honduras,
ocultando así la división férrea,
que tanto desagrada a uno y otro;
y al rayar cada aurora

de figura en figura va mudando
cuán intuitivamente,
que del amor la ciencia infusa azul
nada comprende, mas estalla en goce.

Y en fin de dónde vino nunca sabe
si del alma impalpable, si del sueño,
o si del mismo seso,
aunque mediante ella el inquisidor
a los cielos pregunta día a día
la prima causa de la vida esquivia;
que tampoco comprende
por qué acá en este blanco papel yace,
y no acaso en el éter o en el agua,
o entre amarillas flores olorosas;
y hasta similarmente
de bicho, risco o árbol sobre el suelo,
que nunca nada indagan,
ni el instante ni el punto donde viven,
tal las inertes letras que acá yacen.

No os avergoncéis del vacío seso
culpable de tan lastimoso estado,
¡ay Canción mía inculta!,
que tras proclamar la beldad ayer,
bien vale que la dulce
lira por una vez siquiera hoy
loe al porcino bolo alimenticio.

LA PLANTA Y LA DAMA

En la circular sala frigorífica,
allí sólo rozarte alguna vez
imperceptiblemente así siquiera,
con las enhiestas ramas pretendía
cuando durmiendo plácida tú estabas
bajo el sol de la noche luminoso;
mas de la cuna a tumba
el soplo de los austros pertinaz
por ser del hado el fiero remolino,
hora a hora bramaba en fijo curso
de vueltas y revueltas impidiendo
que yo a tus pies florezca plenamente,
y no ciña de arriba abajo trémulo
tu tez celestial más que rosa suave,
y menos la incorpore a la corteza,
carne con leño al fin entretejidos,
que nunca pude coronar tal cosa,
por entre aquel dosel de la floresta,
pues tan desemejante era de ti,
cuanto de humano rostro escatimado,
y tú en tu reino soberana altísima,
no segundo de la luciente estrella.

El gran cohombro que por ti suspira
desde el sublunar suelo alzado arriba
por entre la maleza codiciando
tu beldad en el aire entreveída,
que vana empresa fue por imposible

en cada estéril estación del orbe;
y de la planta muda
tu seso te alejaba desdeñosa
por desigual natura de los dos,
como ninfa del bosque renegada,
y a pura fuerza separadamente
por la terrestre ley inexorable;
y en tanto yo cohombro y nada más,
en fermentado suelo floreciendo
bajo el imperio de tu cuerpo y alma,
y hacia tu seno angélico impulsado,
como una flecha en la celeste bóveda,
aunque tal ascensión librada mal,
pues no señor, no, de señora humana,
por más que día a día empinado era,
que nunca alcancé ni una vez tocarte,
cuando flotabas entre suelo y cielo.

Estas ramas, mañana, tarde, noche,
como anhelantes brazos de varón,
nerviosamente en pos de ti tendidas
tratando de ceñirte alguna vez,
que nada de tu cuerpo escurridizo,
ni un átomo pudieron ligar al fin;
y en un mismo lugar
tan mudo como ciego viví siempre
sin mirar la consorte rosa bella,
ávido de saber cómo es la ajena
mujeril carne, que por cuán mollar
repugna las leñosas duras vísceras,
de las que desde copa a las raíces
por entero yo era de dentro a fuera,
y tal la causa porque no mirabas
los feos bulbos del herbario mío;
que la corteza célibe guardaba
no más a ti, señora misteriosa,
para injertarla en tu sagrada tez,

en el más raro de los himeneos,
y dejar de ser ambos tan distantes,
leño en dama metido eternamente.

La cámara del orbe frigorífica
bajo el grosor de capas neblinosas,
del suelo en lo recóndito encubierta,
allá quede cual túmulo funesto
de los cien mil deseos de ligar
tu soberbia natura con la mía;
y nunca más tal orbe,
¡ay! sede de los reinos divididos,
y aun de montés, acuático y volátil,
donde querer unir estrechamente
la sabia carne con el lerdo leño,
en cada estrecho punto y no poder
uno en otro transformado todo,
ni siquiera de rato en rato, no,
sino de siglo en siglo solamente;
porque a ti en lontananza te miraba
por entre los estorbos corporales,
en las breñas sin gloria yo vencido,
y tú subiendo por las altas nubes
halada por los vientos hacia arriba,
y horrorizada más y más huías
mi tez verde y mis hojas y mis ramas.

LO INALCANZABLE

Aunque porfiadamente todo el tiempo
en estación caliente, suave o fría,
escudriñe en los puntos cardinales,
que las ansiadas cosas son esquivas
y vuelan por el firmamento afuera
o se hunden en el suelo muy adentro,
convirtiéndose en nubes
fugitivas o empenetrables minas,
alternativamente día a día,
por más que escale el cielo
o baje a las entrañas terrenales,
ayer, hoy y mañana padeciendo
el sobresalto de no alcanzar nada.

Es ésta una invisible fuerza adversa
que por delante avanza como tromba
y a la par por los lados fieramente,
y también por arriba y por abajo
dejando tras su paso intempestivo,
ya sobre la cabeza una corona
de espinas temblorosas,
ya arenas movedizas bajo los pies,
y todo en cambio de las gratas cosas
que entre la piedra o aire
allí se ocultan tan miedosamente
de aquel que también miedo grande tiene,
mas sólo por no hallarlas ni una vez.

Un vislumbre siquiera y nada más
como el fugaz relámpago en el cielo,
y poder mirar el contorno apenas,
rozarlo con la vista unos segundos,
que la instantánea luz el halo sea
en siglos hora a hora acrecentado,
hasta mirar de lejos
la oculta idea en bulto convertida
ante la vista de repente allí
cuando no se pensaba,
y he aquí una torre, monte o luminaria,
que por tanto mirar de arriba abajo,
hoy de cerca ver lo alto entre pavores.

O mejor ciertamente un leve toque
y rozar de la torre la alta cúpula
o del monte la cumbre inaccesible,
o palpar la corteza de la estrella,
que es mucho pedir bien lo reconozco,
mas sí se justifica por milenios
de inquebrantable espera
por entre las tinieblas de la noche,
como un planeta sin aurora siempre,
y como un ciego allí
de confín a confín buscando a tienta,
aunque fuera la mínima apariencia
del codiciado cuerpo y alma un punto.

Y en el fondo de todo es puro miedo
no de no hallar el sumo punto aquel,
mas encontrarlo finalmente ahora
y enseguida perderlo como un soplo
allá por los nublados disipándose
sin dejar tras de sí vestigio alguno;
que la invisible fuerza
fijeza es del pavor inigualado
(acaso más que fallecer de súbito),

que en lugar de atraer,
involuntariamente va alejando
la cosa apetecida con tal brío
que inalcanzable queda para siempre.

Canción, anda a los cielos
y proclama allí la razón secreta
por la que no se alcanza nunca nada,
que la porfía constante
resulta en vano por querer las cosas
temiendo de que ocurran y se esfumen
como un inconsistente soplo de aire.

EN LA CIMA DE LA EDAD

Por entre las tinieblas coronando
al fin he aquí las máximas alturas
de la montaña, el árbol y la torre,
tras superar las cárdenas bajezas
de las breñas del valle y alimañas,
que día a día acosan fieramente;
y ya ahora acá arriba
en una y otra parte remotísima
desde donde al unísono se escucha
o a la par se contempla
lo ido ayer y lo por venir mañana,
como un solo sonido o haz de luz.

En los umbrales de la nueva vida
cuando recién a rastras se comienza,
nadie osa pensar una vez siquiera
que más tarde la cúspide empinada
feliz se habitaría a plenitud
y desde allí poder inquirir todo
antes del postier término,
de qué punto se viene y por qué acá
y adónde llevará luego el Leteo;
que importa previamente
saber de los infiernos los horrores,
o la beldad del cielo inalcanzable.

Pues basta mirar fijamente el suelo
para descubrir encendidos antros,

y así vislumbrar el oscuro reino
de la muerte, que al otro lado aguarda,
como ruin hemisferio entremezclado
con aquel en que se discurre triste
de la cuna a la tumba,
antesala del más allá encubierto,
donde la sulfurosa atrocidad
ya por adelantado
incubándose en medio del planeta,
como señal de la perpetua hoguera.

Y coronar las físicas alturas
propicio más aún para mirar
la bóveda celeste íntegramente,
escudriñando sin cesar a fondo
por encima de la galaxia allá
el perdido edén imperecedero,
que apenas percibido
a través de los misteriosos sueños
a lo largo de todas las edades,
o por el seso extático
al orar en los templos terrenales,
o al gozar con la dama idolatrada.

Este montón de días excediendo
el breve paso de los semidioses,
y también de la planta, bicho y piedra,
que por tan dilatada vida acaso
algunas onzas del saber se alcanza
dondequiera divino y natural,
(si bien sin merecerlo);
y tentacularmente abrazar todo
resulta idea fija hasta el final
cuando el alma se agarra
del orbe por entero sin soltarlo,
y a lo desconocido partir no osa.

De incógnito seguir siglo tras siglo,
hasta haber un milenio exactamente
más que mineral, planta y animal,
y alzando sobre el suelo desolado
no impenetrable monte ferrosísimo,
ni un árbol de corteza endurecida,
mas torre de marfil
por entre las tinieblas avanzando
como flecha hacia el firmamento arriba,
gran construcción cilíndrica,
donde no se distingue quién es quién
o la torre o el morador enhiesto.

Canción, que como hoy
palpitarás igual también mañana,
gracias sólo a la rica edad pasada.

LA CANCION COJA

Esta que amontonadamente parte
coja canción al limbo del olvido,
en alas de una y otra bastardilla,
no del hermoso trazo e inclinado,
mas las del plagio a diario vergonzante,
que por tal grave causa no la alberga
ni misericordiosamente nunca
en los altos estantes niquelados
ninguna biblioteca a la redonda;
y mientras tanto yace
entre la amarillez y la carcoma
de las vírgenes páginas del libro
zarrapastrosamente dentro y fuera,
en donde no está como anillo al dedo,
y a rastras de acá para acullá va,
a pesar de la ingrátida ortopedia,
y aunque más ose remontarse al cielo
con la gracia del numen serenísimo
que en cada punto cardinal proclama
los triunfos del amor en cuerpo y alma.

Mas no sólo son penas mal salidas
bajo la oscura bóveda del orbe
y en la corteza esférica y desierta,
a través del embudo de la pluma,
sino también las horribas erratas
contra la letra débil e indefensa,
que a sobresaltos discurriendo acá,

por culpa de quien feamente escribe,
o del hado invisible la vil saña;
que si afanoso a fondo
hora a hora hasta el último suspiro,
bajo el firme cuidado del fiel arte,
aunque resulta qué imposible asunto,
como remontar una alta montaña,
hacer bien día a día cada cosa,
y tal lo prueban los cojuelos versos
de pies descalzos por ser tan deformes,
sin poder seguir la cadencia suave
del alma de la amante dama bella;
y cuánto en vano todo finalmente.

En el temible reino de los yerros,
vagando ciegamente entre tinieblas,
bajo el constante acoso dondequiera
de los feos defectos que perduran
más allá de los siglos y los siglos,
cuando ya ni el menor despojo yazga
de quien los perpetró y avergonzado
partió del mundo con la mayor carga,
como ejemplo de aquello que jamás
se deba cometer;
que es harto peligroso dejar huellas
sobre la faz del orbe despiadado,
de pisadas nerviosas que conducen
al limbo del olvido en el futuro,
y a la feroz vergüenza en la muerte,
en donde nadie disimular puede
las erratas de ayer, hoy y mañana,
por el agreste seso cometidas,
que por la pluma así se perpetúan
en las perecederas bastardillas.

Qué de crujidos broncos de verdad
y tenaces al paso de las épocas,

no cesan de salir a las afueras
desde las entretelas del espíritu,
o de las mismas vísceras secretas,
como crepitaciones del Vesubio,
que petrifican antes que la lava,
y quedan en el aire deshaciéndose,
como el llanto del ser fetal que nunca
miró la luz del día;
y al no llegar a ser tañido grato
de la bética lira y armoniosa,
que oído de la ninfa con miel sella,
la bóveda del valle los rechaza,
como las clarinadas de la peste,
sumiéndolos en el mayor silencio;
y sonidos tan ásperos de la vida
de nadie codiciados ni una vez,
que ni fingidamente en lontananza
intenta escuchar la esquiva dama.

Y las prótesis vuelan por los aires
cuando mastican deleitosamente
bastardilla tras bastardilla letra,
que emergiendo van entre tropezones
como si pronto se quisiera asir
el sabor de las múltiples ideas,
cuyo zumo se esconde muy adentro
y raudo sale como un rayo afuera
hasta llegar al corto promontorio
de la sinhueso oculto;
mas cada bastardilla retenida
con regodeos en el bucal reino,
no tan sólo la dulce y la rolliza,
sino la flaca y agria igualmente,
sin que el menor hartazgo se vislumbre,
que codiciadas cual mujeril pulpa,
para el supremo goce e infinito
del solitario comensal nocturno,

cuyo hambre milenario no se aplaca
ni destripando cada letra humana.

Que el rigor destos versos no sería,
si de amarillas rosas tan preciadas
entretejidos fueran íntegramente,
o una y otra vez dellas sólo hablando,
con fijeza tal de anheloso amante,
aunque no realmente floreciendo,
e idea no más de fragancia hubiera,
impregnando del suelo al firmamento;
mas lamentablemente no un jardín
de tales flores lindas,
y en vez un huerto donde refunfuñan
no los hados ariscos, sino el alma
bajo la forma de pequeños ajos,
no sembrado por cierto el bulbo acá,
que basta se le aluda a la ligera
al pensar en la intempestiva muerte,
y acarean los aires de repente
en uno y otro punto cardinal,
el mal olor acumulado en siglos,
desde el irrespirable primer antro.

Si del pétalo de la rosa viva,
que luce como un astro en el jardín,
el imperio de la sin par tersura,
más que la arena fina de las playas,
alguna vez pudiera reencarnarse
en el cuerpo arrugado de la letra,
cubriéndola de arriba abajo toda,
para disimular en cierto modo
el natural defecto que la agobia;
mas tal mudanza no,
pues el verso es deforme por completo
y perfecta la rosa entre las flores,
suave al tiento del viento de los tiempos;

y es mucho pedir que la canción vaya
de puntillas por el planeta vasto,
rozando apenas la corteza dura,
que si es imperceptible como el aura,
no lo será por delicada en sí,
sino por la aspereza de su música,
que nadie acaso oír querrá mañana.

Basta sólo mirar el leve trazo
reducido allí cuán borrosamente
a mancha vergonzante el final día,
que es suficiente tal vestigio mínimo
por ser del alma espejo inigualable
y de lo escudriñado en las afueras,
en honor de los bienes del destino
o en lamento de cada crudo mal,
por la lid misteriosa sublunar;
y así la bastardilla
bajo el olvido férreo de los siglos,
separada de las demás por siempre,
punto insignificante, mas testigo
ocular de las bruscas alternancias,
que indeleble se torna íntegramente
como clara señal de los defectos
del propio verso cojo sin remedio,
y no por torpe física letrica,
que resignada lleva las muletas,
sino por quien soñó hacer bien las cosas.

Disculpad, Canción, a vuestro padre,
que no estéis adornada como ayer,
ni clara, ni dorada, ni celeste,
y apenas habláis bajo mil pudores,
en tanto impenetrable por densísima,
y hasta cojuela, manca, tuerta y sorda;
mas no lo aborrecéis, pues con amor
os engendró en el seno de la musa,
y sois por ello el sol que lo ilumina.

EN QUE PUNTO DEL FIRMAMENTO...

En qué punto del firmamento o suelo
habitas (interrogo hora tras hora
a las nubes que avanzan por el cielo);

y te busco con el mayor anhelo,
aunque infinita fuera la demora,
por escudriñar todo el cielo y suelo.

Penetro del arcano el denso velo,
aun hurtando los rayos de la aurora,
y en oscuridad dejo por ti el cielo.

Bien vale contratiempos y desvelos
el conocer por fin dónde tú moras,
si en la bóveda arriba o en el suelo.

Y poco importa el riguroso hielo,
ni el fuego del infierno que desdora,
pues mirarte prefigurará el cielo.

Basta con verte cuando duermo o velo,
distante en las antípodas ahora,
que si no te vislumbro acá en el suelo,
seguro se me cerrarán los cielos.

CUANDO EL ESPIRITU NO HABLA POR LA BOCA

Aquí la bucal gruta del semblante,
en donde no se anida ningún eco
ni de la tempestad ruidoso trueno,
ni un tañido de la zampoña dulce,
y donde todo se hace mutis siempre
desde la aurora al riguroso ocaso
bajo el celeste cielo,
como los seres de los demás reinos
que por no hablar escatimados fueron
de la victoria humana,
y así cuánto pasmados discurrieron
oyendo a otros cómo a borbotones
pregonar en voz alta su ventura.

Los labios bajo el sello asaz lacrado,
del más fiero silencio de los mares,
desde el primer suspiro acá llegando,
y tras el mal vivir y el buen morir,
mudando al otro mundo todo mudo
bajo el deshonor de una oscura sombra,
y sediento de ser,
pues la boca ninguna ayuda dio
para extraer el alma de su dueño,
cual olmo, pez y risco
que por allá discurren muy callados,
llevándose de sus intimidades
cada cual el secreto impenetrable.

Súbdito del bucal tranquilo reino,
que abandona la esfera sublunar,
como sumido en el primer estado,
y sufriendo el desdén de ajena dama,
porque pegada al paladar la lengua,
de milenio en milenio por el miedo
de que delante della,
bajo el vislumbre de su alta beldad,
no pueda proclamar palabra alguna,
y hora tras hora así,
que de repente al borde de la tumba
callado llega y sin poder jamás
expresar el amor ni una vez sola.

La mala o buena estrella se revela
por medio de la lengua francamente,
si de palabras absoluta nada,
o en cambio cornucopia sonora,
por la que se consigue la fortuna,
tal si hablando se embelesara al hado,
que del cóncavo cielo
del paladar desciende el gran mandato
a legislar el buen o mal vivir,
de día y aun de noche,
ya el silencio que el infortunio incuba,
ya la voz bajo cuyo imperio rige
el disfrute de la terrena dicha.

Mas el alma por una vía extraña
al fin se manifiesta enteramente,
entre los rayos del nocturno sol,
por el Monte de Venus escalando,
donde por vez primera ahora está
en la gloria del gozo sin medida;
pues en las mil delicias
de un mínimo momento que se esfuma
en un abrir los ojos y cerrarlos,

se vuelve a las alturas
de la gestación bajo el placer máximo
de los padres en su perpetua boda,
ya acá como hoy en los Elíseos Campos.

Y el espíritu habitualmente oculto
en el lapso del sueño misterioso,
espera la llegada de la aurora,
para así remontarse como un ave
desde el punto del cuerpo capital,
dejando las honduras por las cumbres;
y de cara a la luz
el mustio callar deja de ser tal,
por entre la floresta tan sonora,
y a través del deleite
mejor que por la boca el alma habla,
que es la voz de la carne milenaria,
la que al empíreo asciende raudamente.

Pues ello ocurre cuando día y noche
varón y dama se entretejen firmes
en el seno de un solo haz convulsivo,
sobre el vasto planeta retorciéndose
como un madero pasto de las llamas,
que los amantes seres disfrutando
hasta la muerte yacen,
y lo de adentro aflora todo afuera,
como la aurora tras la noche oscura,
así manifestando
el prado en las entrañas encubierto,
donde la alondra canta bajo el agua,
y las ovejas pastan entre el fuego.

Que el espíritu no habla por la boca,
de aquel que adora a dama como diosa,
y sale afuera al aire plenamente,
del corazón abajo por el monte,

para retornar al mujeril seno
hasta los extramuros de la carne,
donde su imperio anuncia
con más empeño que con la palabra;
y asido de las alas del delirio,
de súbito remonta
el más allá del cielo deleitoso
cuando el alma, ¡oh Dios!, por la boca no,
mas por el falo hablando eternamente.

INDICE

Asir la forma que se va	7
El ansia de saber todo	8
A una tórtola	13
Villanela	16
El jardín en casa	17
Canción a las ruinas de un primogénito de Itálica	21
Lo intempestivo	26
La canción inculta	29
La planta y la dama	34
Lo inalcanzable	37
En la cima de la edad	40
La canción coja	43
En qué punto del firmamento	48
Cuando el espíritu no habla por la boca	49

LIBROS DEL BICHO

- 1 PEDRO LASTRA, *Noticias del extranjero*.
- 2 CARLOS GERMAN BELLI, *En alabanza del bolo alimenticio*.
- 3 SALVADOR DIAZ MIRON, *Lascas* (Edición facsimilar).
- 4 TOMAS SEGOVIA, *Figura y secuencia*.
- 5 LUIS MIGUEL AGUILAR, *Medio de construcción*.
- 6 LEOPOLDO LUGONES, *Las montañas de oro* (Edición facsimilar).
- 7 DANIEL LOPEZ ACUÑA, *Tú llegarás a mi ciudad vacía*.
- 8 MANUEL JOSE OTHON, *Poemas rústicos* (Edición facsimilar).
- 9 LEDO IVO, *La imaginaria ventana abierta* (Traducción y prólogo de Carlos Montemayor).
- 10 ALI CHUMACERO, *Poesía completa* (Presentación de Marco Antonio Campos).
- 11 DANIEL LEYVA, *Talabra*.
- 12 MANUEL GUTIERREZ NAJERA, *Poesía completa* (Edición facsimilar) (Prólogo de Justo Sierra).
- 13 NICOLAS GUILLEN, *Cantos para soldados y sones para turistas* (Edición facsimilar) (Prólogo de Juan Marinello).
- 14 TOMAS SEGOVIA, *Anagnorisis*.
- 15 MARCO ANTONIO CAMPOS, *Hojas de los años*.
- 16 GABRIELA MISTRAL, *Desolación* (Edición facsimilar) (Prólogo de Carlos Montemayor).
- 17 JUAN CUNHA, *Enveses y otros reveses*.
- 18 EFRAIN HUERTA, *Estampida de poemínimos*.
- 19 VICENTE HUIDOBRO, *Altazor* (Edición facsimilar) (Presentación de Bernardo Ruiz).
- 20 PALABRA NUEVA, *Dos décadas de poesía en México* (Compilación, prólogo y notas de SANDRO COHEN).
- 21 JOSE KOZER, *Jarrón de abreviaturas*.
- 22 CARLOS ILLESCAS, *Réquiem del obsceno*. (Edición facsimilar).
- 23 FAYAD JAMIS, *Los puentes*.
- 24 XAVIER VILLAURUTIA, *Nostalgia de la muerte* (Edición facsimilar) (Presentación de Marco Antonio Campos).
- 25 JAVIER SOLOGUREN, *Vida continua*.
- 26 RAUL RENAN, *De las queridas cosas*.
- 27 CECILIA BUSTAMANTE, *Discernimiento*.
- 28 CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE, *Poemas* (Traducción y prólogo de Francisco Cervantes).
- 29 ENRIQUE LIHN, *Estación de los Desamparados*.
- 30 EDUARDO LANGAGNE, *Donde habita el cangrejo*.
- 31 ANTONIO CISNEROS, *Crónica del Niño Jesús de Chilca*.
- 32 MANUEL MEJIA VALERA, *El testamento del Rey Midas*.
- 33 SERGIO MONDRAGON, *Pasión por el oxígeno y la luna*.
- 34 NICOLAS GUILLEN, *El son entero* (Edición facsimilar).

- 35 VICENTE QUIRIARTE, *Vencer a la blancura*.
36 ENRIQUE FIERRO, *Fuera de lugar*.
37 FRANCISCO TOLA DE HABICH, *Poemas alemanes*.
38 OSCAR HAHN, *Cuenta regresiva*.
39 MANUEL BANDEIRA, *Evocación a Recife* (Traducción y
prólogo de José Martínez Torres).
40 J. G. COBO BORDA, *Roncando al sol como una foca en las
Galápagos*.
41 CARLOS GERMAN BELLI, *Canciones y otros poemas*.
42 CARLOS MONTEMAYOR, *Finisterra*.
43 JULIAN DEL CASAL, *Nieve* (Edición facsimilar).
44 URIEL MARTINEZ, *Primera comunión*.
45 JOAO CABRAL DE MELO NETO, *Ingeniero de cuchillos*
(Traducción y prólogo de Angel Crespo).
46 FRANCISCO SERRANO, *No es sino el azar*.
47 CRISTINA MENEGHETTI, *Estación del norte*.
48 JOSE MARIA EGUREN, *La canción de las figuras* (Edición
facsimilar).
49 HECTOR CARRETO, *La espada de San Jorge*.
50 ANTONIO CISNEROS, *Propios como ajenos*.

Esta edición se terminó de imprimir en los talleres gráficos de PREMIA editora de libros, s.a., en Tlahuapan, Puebla, en el segundo semestre de 1982. Los señores Angel Hernández, Serafín Ascencio, Julián Hernández y Donato Arce tuvieron a su cargo el montaje gráfico y la impresión de la edición en offset. El tiraje fue de 1,000 ejemplares más sobrantes para reposición.

[illegible]

CARR McLEAN, TORONTO FORM #38-297

PQ 7297 .B325 C35 1982

Belli, Carlos German.

Canciones y otros poemas / Car

010101 000



0 1163 0005095 6

TRENT UNIVERSITY

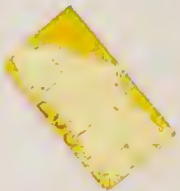
PQ7297 .B325C35 1982
Belli, Carlos German
Canciones y otros poemas

364552

DATE

ISSUED TO

364552



Este breve poemario abarca algunos de los mejores logros expresivos de Belli, cimas hasta ahora no tocadas de su recorrido de poeta. En el capaz y solemne espacio de la estancia petrarquista, libremente reinterpretada, sin rimas, con sorprendentes desajustes entre prosodia y ritmo, él ha conseguido disponer, con ese habitual tono de uniforme y controlada angustia, sus motivos predilectos (la humillación de un vivir insignificante, el derecho frustrado a la felicidad, la irreductibilidad del amante y de la amada, etc.) y resolverlos en imágenes de gongorina belleza. Los cauces clásicos obedecen a la exigencia que tiene Belli de “asir la forma que se va”, de sujetar a una ley estética, a un orden y ritmo de canto, una apremiante visión e invención de estirpe surrealista, en que lo humano se confunde con lo natural y se eleva a lo cósmico, en una como correspondencia y metamorfosis de todos los seres. Belli es dueño de un lenguaje que se ha forjado él mismo, con personalísima elección inicial, con terca fidelidad y casi escandalosa escritura que intenta superar el “impasse” de lo nuevo a toda costa por medio de una revisitación y relectura (no paródica, eso es lo inédito) de códigos ya cerrados y aparentemente caducados.

ROBERTO PAOLI

PREMIA editora s.a